

LUIS GONZAGA CUEVAS

Nació en 1800 en Lerma, Edo. de México. Murió en la Ciudad de México en 1867.

Embajador, Ministro de Relaciones Exteriores. Suscribió el Tratado de Guadalupe Hidalgo para evitar mayores males a México e intervino en varios conflictos internacionales delicados. Su *Porvenir de México* es un severo estudio de los problemas mexicanos, vistos a través de su mentalidad conservadora, pero patriótica.

Escribió el ensayo político titulado *Porvenir de México, juicio sobre su estado político de 1821 a 1851* (1851-57); una *Exposición del ex ministro que la suscribe sobre las diferencias con Francia* (1839); y varias *Memorias*, entre otras la referente a la intervención americana.

El más equilibrado y justo estudio sobre él se debe a Francisco Cuevas Cancino, quien prologó la edición del *Porvenir de México* hecha por la casa Jus, México, 1954. Se refiere a él Emeterio Valverde Téllez, *Bibliografía filosófica mexicana*, 2 v., 2a. ed., León, Imp. de Jesús Rodríguez, 1913.

Fuente: Luis G. Cuevas. *Porvenir de México*. Introducción de Francisco Cuevas Cancino. 2a. ed. México, D. F., Editorial Jus, 1954. XXVI-501 p., p. 11-26.

LA SOCIEDAD MEXICANA HACIA 1821

El conocimiento exacto del estado en que se hallaba la nación al hacer su independencia, es importantísimo bajo mil aspectos, y sin él no se podría designar el primitivo origen de los trastornos que la han hecho decaer, ni los medios de levantarla e impedir su completa disolución. Grande y hasta cierto punto inexplicable el predominio de hombres y de doctrinas y errores funestos, no lo podríamos calificar si no averiguásemos la causa que les ha dado una influencia tan decisiva en todos los cambios que se han realizado y en todos los sistemas que se han admitido, como un recurso para satisfacer más bien miras personales que necesidades políticas. Lamentándonos sin cesar de esa servidumbre oprobiosa a que nos hemos sujetado, asombrándonos la fortuna que tan pródiga ha sido con ambiciosos sin títulos y sin mérito personal, naturalmente nos preguntamos a qué se debe esta desgracia, y cómo toda una nación ha podido ser víctima de extravíos que detesta y de hombres que no han sido dignos de su gratitud. En todos los

países, pero muy particularmente en el nuestro, conviene saber la relación que tiene lo presente con lo pasado, fijando con claridad lo que es efecto de circunstancias accidentales e imprevistas, y lo que podemos considerar como una consecuencia más o menos forzosa de una situación determinada y de antecedentes que en todas partes obran del mismo modo, cuando no se precave el mal con esfuerzos patrióticos y desinteresados. Veamos, pues, lo que era México y advertiremos desde luego que los sucesos han debido efectuarse de la misma manera que previeron algunos escritores sensatos e imparciales, y que sin la cordura que debimos tener, la nación se hallaba expuesta a sufrir todas las pruebas a que la ha sometido su misma soberanía e independencia.

México, al separarse de la Madre Patria, se presentaba con grandes elementos para figurar en el mundo y llamar la atención de los pueblos civilizados. Clima, territorio, situación geográfica, supremacía entre todos los estados hispanoamericanos, y una comunicación por ambos mares, que podía ser activa y extenderse rápidamente, anunciaban su independencia como un acontecimiento de grandes consecuencias para el comercio, la industria y la política. Así es que la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos y la misma España, consideraron las relaciones con esta parte del continente como de un valor superior a las de los pueblos americanos juntos, y que desde entonces el gabinete de Washington por una parte, y el de la Gran Bretaña por otra, comenzaron a entrever en su decadencia o engrandecimiento tales y tan importantes resultados, que debían influir poderosamente en todas las cuestiones que el transcurso del tiempo había de presentar a los gobiernos de Europa. Nuestras desgracias debían ser una señal segura de un aumento de riqueza y prosperidad territorial de los Estados Unidos, tan notable como lo vemos hoy, y como ha venido a consignarlo la guerra de invasión. La paz, la firmeza de nuestros gobiernos, y la conducta circunspecta de nuestros legisladores, podían preparar a México un período tan feliz y unos progresos tan rápidos, que presentarían a éste como una muralla que contuviese la ambición, y también esa prosperidad progresiva y extraordinaria de nuestros vecinos.

Teníamos todas las ventajas para atraer a nuestro territorio la población extranjera, y para multiplicar con ella todos los giros y producciones, dando al país el poder y nombradía que le habrían proporcionado los pocos años de que necesitaba para asegurar su felicidad interior, y respeto en lo exterior. Aun

suponiendo que los Estados Unidos conservasen la superioridad que por muchos años, y por tantos títulos debían tener respecto de nosotros, bajo cualesquiera circunstancias, no cabe duda ninguna de que una vez asegurado el orden y la independencia, todo debía seguir un curso tan diverso del que tiene hoy, que no es posible calcular las ventajas que se habrían obtenido, ya se trate de las relaciones, ya de la organización, bajo la cual se hubiera constituido la república. La diferencia debía ser grande, porque desde luego se advierte que los Estados Unidos, sin aspirar a nuestro territorio, y sin la extensión que han adquirido sucesivamente, no podrían haber mantenido ese espíritu de empresa ni de usurpación violenta a expensas de nuestros departamentos limítrofes, y que tal circunstancia habría templado necesariamente la avaricia de la democracia americana, y las ideas que ésta ha despertado con el feliz éxito que ha coronado sus esfuerzos y pretensiones. Si México hubiera sido poderoso y feliz, y si nuestra raza, andando el tiempo, hubiera podido competir con la del norte, favorecida por una constitución acomodada a su carácter y costumbres, las relaciones con los países europeos habrían tenido otra importancia, que seguramente se respetaría mucho hoy por todos sus gobiernos.

Nada extraño puede parecer este concepto, y es preciso adoptarlo luego que se reflexione en el extraordinario desarrollo que habrían tenido a la sombra de la paz y de una administración consolidada, todos los gérmenes de prosperidad en que abunda nuestro suelo. Poblado sucesivamente por hombres emprendedores e industriosos, a quienes su trabajo debía prometer una subsistencia cómoda, comunicado ese espíritu que tanto distingue las sociedades modernas a la población del país, mejorados los caminos y aseguradas las garantías, cada año debía ser un período notable y alentar las esperanzas de toda clase de progresos y mejoras materiales. Nada se ha exagerado cuando se ha dicho por los viajeros que han visitado la República, que ella sola reúne los dones todos que la mano bondadosa de la Providencia ha repartido entre los demás pueblos de la tierra. Pues bien; si el comercio con los europeos, con los otros de América, y con los mismos Estados Unidos hubiese guardado, como era natural, proporción con la prosperidad interior del país, en veinte y cinco o treinta años, las relaciones mercantiles con México habrían influido en las políticas, principalmente entre la Gran Bretaña y nuestros vecinos. La necesidad que aquélla tiene de éstos para las materias

primas, sin las cuales se compromete gravemente la industria inglesa, se habría disminuido de día en día, y podríamos abastecer hoy su mercado con una cantidad de algodón y de otros artículos importantes, muy inferior a la que se exporta de los Estados Unidos, pero muy notable sin embargo por el prodigioso aumento que habría tenido incesantemente. Con una fuerza respetable que defendiese nuestras fronteras, formado el espíritu público, adelantadas las ciencias y las artes, y empleada útilmente la disposición moral de los habitantes, en cuantas empresas hubiese inspirado nuestro bienestar, nadie debía sorprenderse de que nuestra patria hubiera llegado a ser un pueblo digno del aprecio de la Europa y de la América.

Y que no se crea que tan lisonjera perspectiva la forma el patriotismo o la imaginación. Entre los cargos que nos hace el mundo, y que nos hará también la historia, el más severo de todos es la facilidad que hemos tenido para ser grandes y felices, sin aquel esfuerzo extraordinario de que necesitan los hombres cuando encuentran una naturaleza pobre y estéril, o una situación tal que presenta obstáculos insuperables. Debemos desengañarnos, y ya veremos adelante lo que pudimos ser, porque este convencimiento influirá mucho en la conducta que observemos en lo futuro. Sin la voluntad firme que no tuvimos, cuando comenzó nuestra existencia política, para contrariar las influencias y abusos que nos preparaban tanto infortunio, y para conducirnos como un pueblo que necesitaba de guías más seguros y de justicia y templanza, era indispensable que cada ensayo fuera una catástrofe, y que cada sistema o gobierno apareciese entre nosotros como una calamidad pública. Sin la inestabilidad de nuestras administraciones, y sin ese espectáculo en que hemos presentado la confusión y el desconcierto de la anarquía, se habría podido mantener el buen nombre de la nación, y habría llegado ésta a constituirse convenientemente. El enlace de su suerte con los intereses de otros países, sus títulos para ser respetada, y su misma fuerza y recursos interiores, habrían bastado para contener la irrupción que sólo ha podido verificarse después de haberse facilitado con cuantos desaciertos han podido cometerse por las facciones; y cuando nuestro estado no hubiera sido suficiente para impedir el desarrollo de las pretensiones de la democracia americana, éstas se habrían limitado a los terrenos que por su distancia de la parte poblada del país, hubieran podido ser objeto o de un tratado, o de una usurpación, pero sin haberla arras-

trado a una guerra, ni a pensar como piensa hoy, en destruir su existencia como nación independiente.

Los hombres propendemos a disculparnos con sucesos que nos parecen conformes al orden establecido por la Providencia; pero no advertimos que el poder que hemos tenido para evitarlos, y la libertad de que gozamos para elegir siempre entre el bien y el mal, nos hacen responsables de aquello mismo que juzgamos sujeto a consecuencias desastrosas e infalibles. Nadie puede saber toda la influencia que habría tenido en la política de los gabinetes con México la prosperidad de éste, ni tampoco qué conducta habrían observado los Estados Unidos en semejante suposición; pero no puede dudarse que aquella habría sido muy grande, y que ésta tendría hoy otras reglas y otras tendencias mucho menos hostiles para nosotros. Hubo un tiempo en que la inexperiencia pudo disculparnos, hubo otro en que la desgracia de nuestras armas fue el resultado de errores y complicaciones que no pudieron ya evitarse; pero el presente, que reúne desengaños y verdades tan útiles, nos convida a volver sobre nuestros pasos y a fijar bien la línea que asegure a nuestros hijos este territorio, que aunque desmembrado, debemos considerarlo todavía como la porción más preciosa del continente americano.

La Sociedad Mexicana en 1821 se resentía de todos los defectos de la educación que había recibido, y hacía notar también los rasgos de lo bueno y noble que habían impreso en ella el carácter y las virtudes de los españoles. No se puede culpar a éstos de que hubiesen economizado en la Nueva España ni sus conocimientos ni sus progresos en cualquiera de los ramos de administración y de interés público; y nadie duda ya que lo que pudieron dar lo concedieron con generosidad, manifestando siempre la mayor solicitud en favor de mejoras de todas clases, y venciendo con constancia cuantas dificultades se presentaban para realizarlas. Si se ha condenado la política que observaron con sus colonias y el atraso en que éstas se mantuvieron durante su dominación, nadie desconoce hoy que ese juicio que pareció tan justo y exacto hace algunos años por las pasiones que se encendieron, no tiene fundamento alguno que pueda hacerlo prevalecer sobre la opinión más racional de que las gobernaron con prudencia y sabiduría para mantenerlas, no sólo unidas, sino adictas a la metrópoli; y que por lo demás, las faltas de que se les pudiera hacer cargo eran inherentes al estado de mayor o menor ilustración de la misma península.

En efecto, el extranjero imparcial, que como el célebre viajero Humboldt, hubiese examinado el reino, no habría podido dejar de hacer justicia al sentimiento que dominaba en España por una prosperidad que preparaba a México independiente toda la fortuna y el nombre de una nación poderosa. Las más bellas ciudades del Nuevo Mundo, caminos abiertos a todo costo y susceptibles de las mejoras que ha introducido el arte para abreviar las comunicaciones, trabajos públicos tan notables como el Puente del Rey, el corte de las cumbres de Aculcingo, el desagüe de Huehuetoca; colegios, universidades, conventos, hospicios, hospitales y fundaciones sin número de caridad y beneficencia; cuerpos organizados convenientemente para proteger la minería y el comercio, y bancos piadosos para la agricultura; una administración civil, protectora de todas las garantías, y un sistema de hacienda poco gravoso, que sin embargo proporcionaba cuantos recursos eran necesarios para la defensa del reino; un culto tan suntuoso como el de la misma metrópoli, y misiones derramadas por todos nuestros desiertos, predicando el cristianismo, extendiendo la civilización, y librando a los pueblos de la frontera de las incursiones de los bárbaros, presentaban entre otros muchos esfuerzos, un plan de gobierno que podía tener, y tenía realmente, sombras que autorizaban una censura nacional y justa contra los españoles, comparados con otros pueblos; pero no permitía dudar que habían hecho cosas grandiosas y que tenían un deseo ardiente de la felicidad de la Nueva España. Esta era la primera de las colonias, y su nombre anunciaba destinos más elevados que los de la Madre Patria.

Nuestra educación que tanto se ha calumniado, y que bajo varios aspectos era defectuosa, tenía sin embargo por bases primordiales, como en nuestros padres, el honor y la religión. Los mexicanos jamás podían prescindir de los sentimientos de amor y respeto a sus deberes religiosos, que se cultivaban en el seno de la vida privada, en los establecimientos públicos y en todos los rangos y condiciones. Todo lo que veían, todo lo que aprendían y todos los libros que andaban en sus manos, les recordaban que un buen español ni podía faltar a su palabra, ni dejar de conducirse con dignidad, ni mucho menos ofender la religión, que se consideraba justamente como el más grande beneficio con que era favorecido el Nuevo Mundo. Todo lo que se ha escrito sobre el período colonial, y también los recuerdos de familia, acreditan bien que esas cualidades de que hablo, formaron el tipo de los mexicanos de raza espa-

ñola. La educación, pues, descansando en fundamentos tan nobles y sólidos, se prestaba a todas las mejoras que un gobierno sensato y prudente hubiera promovido para llevarla al alto grado de perfección, que por otra parte no era posible en los tiempos de los virreyes. Una colonia, aunque se suponga administrada bajo un sistema ilustrado, nunca es capaz del desarrollo y engrandecimiento de un estado independiente.

Los mexicanos no podían figurar al lado de pueblos que por mil circunstancias, y por su comunicación frecuente con extranjeros han adquirido la generalidad de los conocimientos más indispensables y las cualidades de más brillo en la sociedad. Sencillos y francos iban a presentarse con todas las ventajas que les confiesan cuantos escritores y viajeros han examinado atentamente el país. La educación esmerada, aunque contraída al número de familias que podían proporcionársela, ejercía desde entonces una gran influencia y preparaba los establecimientos que tienen hoy aún los lugares menos poblados e importantes. Nunca hubo pueblo más deseoso de los gozos de una sociedad culta y del fausto y ostentación de las cortes europeas.

Las ciencias y la literatura eran entre nosotros, lo que nuestros colegios y universidades. La carrera eclesiástica y la del foro se presentaban como los únicos medios que podían proporcionar una subsistencia cómoda a los hombres consagrados a las letras. En ambas había muchos notables que fueron dignos de los elogios que se tributaban aún a sus conocimientos y sabiduría. La instrucción era sólida, y el gobierno y la organización interior de los colegios, tenían toda la seriedad que caracterizó siempre a los establecimientos públicos de los españoles. Las bellas letras se cultivaban poco, porque eran muy escasas las cátedras de este ramo, que parecía más bien de lujo, y que se hallaba en un estado de grande atraso en la península. Sin embargo, la nación veía en algunos escritos que se publicaban, la facilidad con que se adelantaba en los estudios amenos de la literatura, y que ésta con el tiempo llegaría a excitar la pasión y entusiasmo de la juventud. Otro tanto puede decirse de las bellas artes. La ciencia del gobierno, la economía política y el derecho público se ignoraban completamente, y por desgracia las nociones que comenzaban a adquirirse, eran las que ministraban los libros y folletos franceses traducidos al español y escritos con frivolidad propia de la época y del cambio violento que sufrían las opiniones y los gobiernos. Se comprenderá fácilmente, que cuando hablo de

esta clase de educación, me contraigo a aquella parte de la sociedad, que por su posición y por su influencia moral estaba destinada a dirigir el país en los diversos puestos de la administración pública.

El carácter que manifestaba la nación, era sin duda noble y generoso. Sea por el clima, sea por el ejemplo de los españoles y porque estimaban mucho sus hermosas tradiciones, o lo que es más cierto todavía, por la influencia que siempre ha ejercido la religión en las regiones de América, los mexicanos nunca mantenían en sus pechos odios profundos, ni dejaban de tomar una parte muy activa en las desgracias que afligen al hombre, cualquiera que fuese su condición y origen. La primera guerra de independencia, aunque inflamó las pasiones y dio lugar a escenas horrosas y sangrientas, no pudo extinguir esta bella inclinación de que esa misma guerra dio tan relevantes testimonios. Los mexicanos nunca fueron reputados cobardes, y ni los españoles, ni los extranjeros, ni los virreyes más preocupados contra ellos les negaron todo el denuedo y toda la constancia que conservaba España en los días de su insurrección. Los informes de los diversos gobiernos a la corte, y los de los jefes que más se habían distinguido desde 1810 sobre el estado político del reino, y los medios de restablecer la paz convenían, sin variación alguna, en el valor de las tropas del país, y en la imposibilidad de subyugarlo luego que dejasen de sostener la causa de la metrópoli. Hospitalarios, fáciles para ceder de su derecho y para dar importancia a cuestiones que no tenían gravedad ninguna, amigos del brillo y de la ostentación, estaban expuestos a hacer un grande abuso de esta docilidad de carácter, y a no estimar lo que hubiera dado al pueblo toda la fuerza y poder de que necesitaba al hacerse independiente.

Se ha dicho que los mexicanos estaban dominados por funestas preocupaciones que impedían todo progreso, y que el poder de los hábitos religiosos era el principal obstáculo para su engrandecimiento. Muy apegados en efecto a su religión y a sus ministros, y unidos por este lazo que no han podido romper ni los trastornos políticos, ni las pasiones desencadenadas, ni los malos libros, ni los ejemplos perniciosos que se les han estado presentando hace treinta años, nadie que sepa apreciar la fuerza moral de los pueblos, puede considerar como defecto el sentimiento religioso que ha podido salvarse entre tantas ruinas, suavizar los horroses de la guerra civil, y ser el más fuerte apoyo de la unidad nacional.

Por nuestra misma condición, las buenas cualidades tocan siempre algún extremo que las desnaturaliza y da lugar a abusos de incalculables consecuencias. Los mexicanos eran pródigos en el manejo de sus intereses, y la conducta que habían tenido con ellos los españoles había sido la más propia para perpetuar esta peligrosa propensión que debieron precaver si hubieran conocido mejor los suyos propios. El empeño de no confiar a sus hijos, a quienes por otra parte procuraban educar convenientemente, la dirección de sus negocios, el temor de que se menoscabase su fortuna si no se entregaba a hombres que, salidos como ellos de una situación angustiada y pobre, observasen la misma economía que se las había proporcionado, y la idea de que todos los mexicanos eran arrastrados por carácter a la disipación, que destruiría en pocos meses el fruto del trabajo de muchos años, generalizaron este defecto y lo arraigaron de una manera tal, que después fue difícil corregirlo. Persuadidos de que mientras viviesen sus padres de nada o de muy poco podían gozar o disponer, verificada su muerte se apresuraban a compensar con gastos exorbitantes las privaciones y la falta de confianza con que se les había ofendido durante su vida.

Las consecuencias de esta pasión de despilfarro y de la ignorancia en que por sistema se les hacía vivir en el manejo de los negocios, eran desastrosas. El lujo, el juego, la ociosidad y el absoluto abandono de su patrimonio, vinieron a ser gérmenes fecundos de males para la sociedad. Alguna vez he reflexionado en que éste fue el más funesto de los errores que cometieron los españoles que vinieron al Nuevo Mundo, y que son responsables de un vicio o defecto de carácter que tanta influencia debía ejercer con el transcurso del tiempo. Y cuando me he puesto a comparar los estados de la América Española con los Estados Unidos, he creído que encontraba el origen de la sobriedad y de la buena administración pública, que los últimos llegaron a establecer muy pronto, en ese espíritu de orden y de economía doméstica que ya tenían al hacerse independientes.

Sus costumbres como súbditos se habían modificado progresivamente desde el año de 1810. De una obediencia ciega y general, y de un respeto profundo y sincero a toda clase de autoridades, pasaron a la discusión de los títulos de su libertad, desconocieron unos y sostuvieron otros al gobierno constituido; se generalizó, en fin, la opinión en favor de la inde-

pendencia, y antes de consumarse ésta, ya prevalecían en la clase llamada a gobernar antes al país todas las doctrinas modernas sobre los límites entre el superior y el súbdito, entre los pueblos y los gobiernos. Con ideas confusas sobre todo esto, se apasionaron por la política, disputando mucho y sosteniéndose este debate por hombres adictos a las antiguas doctrinas. y por los que las combatían; pero arrastrados todos por el torrente del siglo que ciertamente no era favorable a los derechos de la autoridad. Ansiosos de representar todos los papeles de los gobiernos y de los congresos de Europa y de los Estados Unidos que no conocían, era uniforme el deseo y el sentimiento por mejoras de todas clases y por una serie de cambios interminables que les prometían un porvenir lisonjero. Esa agitación era propia de la época y de todos los estados de la América del Sur.

El carácter mexicano encontraba en el mismo espíritu turbulento del siglo y en las mismas cuestiones que se debatían, un grave obstáculo que embarazaba acometer la empresa a que estaba llamada la nación y que exigía sacrificios y desprendimientos. La educación, por otra parte, de los colegios, había contribuido mucho a mantener en los hombres consagrados a la carrera literaria un sentimiento de emulación, útil y provechoso dentro de ciertos límites, y pernicioso y funesto luego que fuese el regulador de la conducta y política de los congresos y gobiernos. Nada hay más contrario al orden e intereses sociales que desconocer el mérito personal y graduar la importancia de los hombres públicos por los consejos engañosos del amor propio. Acostumbrados a no ejercitar sus facultades mentales, sino en los debates de los colegios y en los estrados, les pareció que llamados a otro teatro más vasto, el país vería con gusto que las cuestiones de que dependía su felicidad, se sometiesen a esa rivalidad miserable que tanto se satisface con el elogio de un periódico o con el aplauso de una galería. El tiempo ha demostrado bien que se equivocaron, y que no les era lícito ni en la tribuna ni en el gobierno, someter los asuntos más graves a las antipatías que tanto los han dividido. Cualquiera que fuese su inexperiencia, muy diversos habrían sido los frutos de sus trabajos si una razón imparcial y noble los hubiese ordenado, y si el verdadero deseo de afianzar el orden hubiese alcanzado al fin la recompensa gloriosa que no pueden proporcionar nunca las miras bastardas de los partidos. Sin necesidad de explicar muy detenidamente el conjunto de circunstancias que han contribuido a excitar esta rivalidad

entre nosotros, y de una manera más desfavorable que en otros países, basta saber que existe desde nuestra primera revolución; que los mexicanos veían con más disgusto la elevación de un compatriota suyo que la de un español, y que cualquiera que sea la generalidad de este defecto, atendida la condición miserable de la especie humana, no cabe duda de que en la República ha llegado a tal punto, que la cubre de vergüenza y que ha degradado el espíritu público. Reflexiónese bien y tén-gase presente la parte que ha conseguido tomar en las cuestiones más vitales para el país, y no se dudará un momento que ha sido una fuente inagotable de errores y desgracias.

Más o menos justas las quejas que se levantaban contra el gobierno de la metrópoli, era muy triste, sin embargo, la que se repetía tan frecuentemente, de que a los mexicanos no se les conferían los empleos de primer rango. Y si bien es cierta la parcialidad contra la cual se enardecía la opinión, no puede desconocerse tampoco que fue en extremo perniciosa la esperanza que desde entonces concibieron los hombres de menos mérito de que la independencia iba a mejorar su situación y a servir a sus manejos e intrigas para obtener los puestos públicos. Parece increíble el predominio que ejercen con el tiempo algunas ideas que, al comenzar una crisis política o social, se dejan traslucir para inflamar los ánimos y darles el impulso de que necesitan. Los mexicanos, aunque propendían a ese defecto que tan justamente se les ha censurado, estaban muy distantes de envilecerse con todos los excesos que se han cometido para obtener los cargos, en los cuales más bien se buscaban el honor y distinción que el interés pecuniario; y es necesario convenir en que la mala dirección que dieron al espíritu público muchos de los escritores que figuraron en la primera guerra de insurrección, crió esta hidra que se ha reproducido sin cesar en todos nuestros cambios y revoluciones.

Antes de 1810 fue respetada y sostenida vigorosamente la autoridad civil, que por el largo período de la dominación española, muy pocas veces necesitó del auxilio de la fuerza armada. La guerra aunque no relajó completamente el resorte del gobierno, sí dio notable influencia a la clase militar, como que en ella se cifraba de una parte la conservación del reino, y de la otra el triunfo de la independencia. El poder omnímodo que se confirió a los comandantes generales de las provincias y aun a los jefes subalternos, los excesos a que se entregaban impunemente, y la dilapidación de los caudales públicos, comenzaron a excitar vivas simpatías por la milicia, y a fundar

en ella la esperanza de una fortuna rápida que no se podía tener en otras condiciones. Natural era que en México sucediese lo que en todas partes: que durante la guerra, la profesión militar es la más brillante y la de una perspectiva más halagüeña. Pero entre nosotros la influencia de esa clase iba a ser funestísima y hacer imposible toda administración que no contase con ella como su principal apoyo. El triunfo de nuestras armas la debía aumentar extraordinariamente, y los generales, jefes y oficiales de aquella época, y lo que es más notable, los que les sucediesen iban también a presentar con el título de nuestra libertad el poder que los autorizaba para no obedecer ni gobiernos, ni leyes, ni instituciones.

Además del influjo de la milicia, existían otros antecedentes no menos desfavorables y contrarios a todo orden de cosas, bajo cualquiera conducta que pudiera adoptarse. El gobierno virreinal había perdido todo su crédito, no solamente por las ideas que favorecían la revolución, sino por la falsa política que había seguido, y la indulgencia con crímenes que quedaban impunes. La prudencia y templanza con que generalmente gobernaban los virreyes habían desaparecido, y el pueblo no veía otra cosa en su administración, que una defensa apasionada de los derechos de la metrópoli que se sostenía con cuantos medios se creían posibles, aunque fuesen muy reprobados. La dictadura militar y sangrienta que se estableció en todas las provincias, la injusticia y parcialidad con que se procedió durante la revolución en todos los negocios en que estaban interesados los españoles, y la falta de tino para preparar un desenlace que se veía con claridad, habían menoscabado el gobierno de una manera tal, que la política humana y conciliadora del Virrey Apodaca no pudo ya restablecer el crédito de la autoridad suprema atacada y envilecida desde el año de 1808 en el Virrey Iturrigaray. El gobierno, pues, no representaba sino una existencia pasajera, y mientras pudiera organizarse un nuevo plan de revolución, que reuniese los soldados mexicanos y las diversas opiniones en que estaba dividida la clase ilustrada e influyente del país.

Inútil es hablar de las diferentes razas, porque ni este escrito tiene por objeto hacerlo conocer bajo todos sus aspectos, ni menos entrar en consideraciones filosóficas sobre las ventajas que habría tenido la identidad de origen y costumbres. Basta saber que ni la indígena, ni la mixta, ni la íntima de la población, llamada española, ejercían entonces ninguna influencia; que todas estaban subordinadas como lo han estado después,

al impulso y dirección que la clase superior hubiera querido darles, que siempre estuvieron dispuestas a favorecer los esfuerzos de una buena administración, y que si hoy lamentamos sus vicios, su indolencia y sus propensiones, esta falta, más bien que suya, lo es de los que han tenido el poder de mejorar su condición y costumbres.

Debe notarse que la conducta observada por el gobierno de la metrópoli con sus colonias, desde principios del siglo presente, se resintió del desconcierto de la corte de Carlos IV y de las doctrinas dominantes en Francia. Poco se necesitaba para persuadirse de que la dependencia de los estados americanos no podía conciliarse ni con el principio de la soberanía popular, tal como lo comprendían los legisladores de las cortes de 1810, ni con la desigualdad de la corta representación concedida a las colonias, ni mucho menos con un gobierno en que no tenía parte alguna el pueblo, ni era responsable ante él de ninguno de sus actos. La historia conservará hechos que parecerán increíbles, pero que nosotros los hemos presenciado, y tendrá dificultad de explicar cómo un gobierno que fue considerado por tantos años como uno de los más diestros en mantener sometidas a su obediencia las provincias lejanas del Nuevo Mundo, pudo cometer el error de querer gobernarlas como colonias, habiendo reconocido en ellas, como en todas las partes integrantes de la monarquía, la soberanía del pueblo.

He dicho que el gobierno virreinal no estaba tan desvirtuado por la opinión que deseaba la independencia, como por su mismo desconcierto y el de la metrópoli, porque el poder público que no se corrompe conserva más sus títulos para ser respetado, aun a presencia del enemigo más formidable, que cuando está favorecido por la fortuna, si desmiente aquellas virtudes que le dieron fuerza y estabilidad. Y si esto es cierto, lo es también que la independencia debía realizarse muy pronto, no solamente por la decisión del país para conquistarla, sino por la conducta irregular y torcida de la corte de España y de los cambios que adoptaba en sus instituciones fundamentales. Por desgracia nuestra, y porque los malos ejemplos se transmiten aun de gobiernos a gobiernos separados por el tiempo, y que parece que no tienen semejanza alguna, el atentado de la facción española que depuso al Virrey Iturrigaray debía tener la misma relación con la caída de nuestras administraciones que la ejecución de Carlos I de Inglaterra con el fin trágico de Luis XVI.

Sin poder la autoridad, porque no se presentaba tal como

había sido, y sin fuerza el sistema de administración que sufría tan violentas innovaciones, era claro que si el país parecía abandonar la causa de la independencia, sólo esperaba la oportunidad que le proporcionase el triunfo de que no dudaban ni los mexicanos ni los españoles ilustrados. La insurrección, aunque desgraciada, había engendrado en los ánimos el convencimiento de que no era ya posible el régimen colonial, que se hallaba en abierta contradicción con las ideas dominantes del siglo, con la inquietud que se notaba en toda la América del Sur, y con los resentimientos que había encendido una lucha que no podía terminarse definitivamente sino con la separación de México de su antigua metrópoli. Este estado de cosas tomaba un carácter más decisivo por los sectarios de las ideas liberales que propagaban éstas con calor y entusiasmo, y por la repugnancia con que recibían todas las clases, pero muy particularmente el clero, las novedades adoptadas en la península. Entre los españoles, y entre los mismos oficiales de los cuerpos que venían de ésta, había muchos que sin embozo alguno proclamaban las doctrinas más avanzadas, condenando el sistema que permitía los abusos del poder virreinal y de la Inquisición. Algunos mexicanos de una condición social respetable, que o por haber estado en España o por haber viajado por otros estados de Europa defendían los principios constitucionales, contribuían mucho a debilitar al gobierno que cada instante perdía más en la opinión, sin embargo del respeto y consideraciones personales que inspiraba a todos la conducta del Virrey Conde del Venadito.

Las diputaciones de las provincias sobre todo, habían preparado ya el espíritu público, porque manifestaban el grande aprecio y concepto con que eran recibidas, la influencia que ejercían en los negocios, el apoyo que encontraban en las cortes sus quejas y pretensiones, y la facilidad de que éstas triunfasen, o de que el país por sí mismo se hiciera justicia. Los representantes en efecto, que se eligieron por México en los diversos períodos de la constitución de Cádiz, debieron lisonjearse de verse en la península rodeados de los respetos y simpatías que excitaba la Nueva España. Hombres casi todos de energía, de instrucción y excelentes cualidades, habían honrado al país y hecho conocer la necesidad de satisfacerlo, y de variar el sistema que disminuía sus derechos y goces como ciudadanos. Ese sentimiento de propia dignidad, se había generalizado por todo el reino; los mexicanos disputaban sobre todo, menos sobre sus recursos para cualquier cambio; y puede asegurarse

que los españoles también se envanecían de encontrar en ellos los rasgos más característicos de su misma raza.

En la tregua, pues, en que se había convenido, y que debía ser más o menos corta, atendidas las circunstancias, aparecían en México dos partidos con el nombre de liberales y serviles, los mismos que se destrozaban en España, y cuyas ideas conservadoras y progresivas se hacían la guerra, aunque de una manera poco perceptible, por hallarse la nación empeñada en otra muy superior desde el año de 1810. Sin ningunos medios para llevar adelante sus pretensiones el liberal, porque faltaban en el país todos los elementos del sistema representativo, pudo conquistar multitud de personas luego que se restableció la constitución, y se excitó el espíritu público con la libertad de imprenta y la extinción del Santo Oficio. Como todo lo que favorecía los derechos populares se consideraba precursor de la independencia, y como no se podía dudar tampoco que no era posible el gobierno del reino con la constitución, el partido veía en sus filas hasta personas que detestaban sus principios y opiniones. Las logias que habían comenzado a establecerse, y en las que figuraban especialmente españoles recién llegados, hacían grandes esfuerzos para generalizar el sentimiento en favor de todo género de innovaciones, por peligrosas que fuesen a la tranquilidad que comenzaba a disfrutar el reino. El partido liberal, por un conjunto de circunstancias favorables a su sistema, representaba necesariamente el de la independencia; y el servil, que temía más las doctrinas desorganizadoras de las Cortes que los peligros de una nueva insurrección, no sólo se conformaba, sino que se preparaba para presentarse llegado el caso, como su defensor más decidido en odio de los cambios que se hacían en la península, y de los cuales temía que viniese la irreligión y la ruina de todo lo que se tenía por respetable y sagrado entre los mexicanos. Los españoles que contribuían al desarrollo de los principios liberales, no se penetraban del enlace de éstos con la independencia, al paso que los que no querían ningún cambio, estaban convencidos de que sólo el régimen antiguo podía conservar los estados del Nuevo Mundo a la corona de España. La disposición, pues, de los espíritus era funestísima a la causa del gobierno, y nada podía contrariar el desarrollo que iba a tener al presentarse la ocasión que por todos se deseaba.

Pero es necesario conocer a fondo la opinión que bajo varios aspectos favorecía el sentimiento nacional, porque desde entonces ha representado dos principios, no sólo distintos, sino

opuestos, y ha producido esta acción y reacción que han hecho tan inestables nuestros gobiernos e instituciones. Las doctrinas liberales se aceptaban generalmente como protectoras de la libertad política del país, y se recibían con desconfianza al mismo tiempo como contrarias a nuestras costumbres, y sobre todo a las ideas religiosas que dominaban sin oposición en la Nueva España. Adoptarlas sin sus consecuencias naturales e inmediatas, era un sistema que no podía defenderse, y no oponerles la limitación que se reclamaba por todos era dejar en pie obstáculos invencibles. ¿Cómo se habían de proclamar por un lado el plan salvador de las Cortes, la libertad de imprenta, el derecho de elección popular, la responsabilidad, y se habían de condenar por otra todos los actos y disposiciones que emanaban de ellas sobre materias religiosas, sin confesar de una manera práctica que el nuevo sistema favorecía la impiedad y se contradecía en los momentos mismos de ejecutarse?

El partido liberal, pues, sostenía por cálculo hasta lo que repugnaba a su propio convencimiento como contrario a las circunstancias peculiares de la Nueva España, y el servil por no desacreditar un cambio que iba a acelerar la independencia, se veía obligado a respetarlo y a colocarse en una posición falsa, porque no podía pelear por sus opiniones, sin exponerse a ser juzgado desfavorablemente.

Por un decreto de las Cortes del año anterior, se había suprimido la Compañía de Jesús restablecida por Fernando VII en 1816, y por otro las religiones hospitalarias, consignándose sus bienes al fondo de temporalidades. La una por el crédito que siempre había tenido en todos los estados de la América Española, por los servicios que prestaba a la juventud y a la Iglesia, y por los hombres ejemplares que habían entrado en ella luego que fue restablecida, y las otras por estar consagradas a un instituto puro de beneficencia y caridad, conservado sin relajación alguna, excitaban las simpatías del pueblo, y en su extinción no podía ver éste otra cosa que un ataque violento a la religión. El decreto de que se trata, se consideró en consecuencia como uno de los cargos más graves que podían hacerse al gobierno y a las Cortes; los liberales, reducidos entonces a un corto número, no podían extraviar el sentimiento general, y los serviles se sometían a providencias que aunque con repugnancia ejecutaba el Virrey, y defendían del sistema ya existente todo lo que apoyaba la independencia, sobre todo, la libertad de imprenta y las elecciones populares. En España había sucedido otro tanto, y al mismo tiempo que se derramaba

a torrentes la sangre de sus hijos por conservar ilesas la monarquía y las creencias de sus antepasados en la encarnizada lucha que sostuvieron contra los franceses, tomaban de éstos los principios y el sistema peligroso de innovaciones, intentando como nosotros quitar a las cosas sus tendencias naturales y acomodarlas, salvando todas las reglas de orden y analogía, a las pasiones de los partidos.

He dicho que en todo esto había una contradicción práctica, no porque crea que era inseparable del sistema liberal tal o cual género de disposiciones que pudieran ofender o las costumbres del pueblo o sus sentimientos piadosos. Pudieron muy bien las Cortes bajo los principios adoptados, dispensar la misma protección que los Reyes Católicos a aquellos cuerpos o establecimientos que se conservaron por largos años, y la nación pudo también aceptar las nuevas doctrinas en aquello que no se opusiese a la opinión uniforme del país, principalmente en el importante punto de religión. Pero como los pueblos tienen que elegir en determinados casos sin abstracciones, y sin poder dividir ni los bienes ni los males que se les presentan, de ahí es que cuando concretado un sistema y en oposición a otro más o menos bueno, entraña inconsecuencias y males que quisieran evitarse, es preciso, o pasar por éstos, o ponerse de parte de otro extremo que tampoco se puede adoptar. Resumiendo lo expuesto y en pocas palabras, creo que puede decirse con exactitud, que la nación al comenzar el año de 1821 era liberal porque quería ser independiente, y que sin embargo, repugnaba el sistema porque quería ser religiosa; que los liberales nada representaban en la cuestión del país sin sus contrarios, ni éstos podían apelar al antiguo régimen sin hacer retroceder la causa de la nación hasta un punto en que no fuera posible separarse de la Madre Patria. Poco antes he manifestado cómo debe calificarse el empeño de las Cortes de someter las colonias a la obediencia, rigiendo la constitución de 1812.

De esta extraña complicación, resultaba la peculiar de las clases del estado y el peligro inminente en que se hallaba la sociedad. Casi todo el clero estaba decidido por la independencia; pero el superior, compuesto de españoles, ni podía abrazar un extremo que no era favorable a su patria, ni sostener a su gobierno, que representaba nuevos principios y un nuevo régimen contrario a los fueros y prerrogativas de la Iglesia; el comercio también veía atacados sus intereses con el sistema que iba a destruir el monopolio y que aventuraba

por otra parte su influencia en el reino; el ejército, formado de mexicanos y españoles, ni podía conservar una posición determinada, ni contribuir tampoco a una defensa común y uniforme, porque nada unía tampoco los intereses de las dos clases de que se componía; y el gobierno virreinal, por último, y todas las autoridades superiores decididas a sostenerse por un sentimiento de conveniencia y también de fidelidad, se hallaban convencidas de que con el cambio que se había proclamado no hacían otra cosa que propagar contra sus mismas intenciones la opinión en favor de la independencia. Nada, pues, favorecía a la metrópoli, y lo que más contribuía a conservar la obediencia, era la política del Virrey Apodaca, que manifestándose siempre humano y generoso, había ganado la voluntad hasta de los mismos insurgentes, haciéndose amar de todos los habitantes del reino, e interponiéndose como un iris de paz entre aquéllos y sus sangrientos predecesores. Pero este apoyo, como todo el que depende simplemente de las personas, era débil: los sucesos debían seguir su curso ordinario, y estaba señalado ya el término de una situación que no convenía a ninguno, y que por lo mismo no podía mantenerse.

El interés general que excitaba el país, el vigor con que se presentaba, el convencimiento uniforme de su propia importancia sostenido por todas las clases, y la esperanza de que la raza española en México correspondiese a todos los dones con que era favorecida, daban al espíritu público ese carácter de resolución y de gravedad también que se advierte en las naciones, cuando van a realizarse grandes acontecimientos. Los extranjeros que nos observaban podían juzgar de diverso modo sobre el estado interior del reino; pero ni ellos ni nosotros dudábamos que México sería lo que quisiese ser, y que una vez unido nada podría conservar en él la dominación española.